

RUBÉN DARÍO

ANTOLOGÍA POÉTICA

Selección y prólogo de Mario Benedetti

VISOR LIBROS

ÍNDICE

Rubén Darío, señor de los tristes	7
Mario Benedetti: «Abuelo Rubén»	25

INVERNAL Y TRES POEMAS MÁS

Invernal.....	31
Venus	36
De invierno	37
Walt Whitman	38

PROSAS PROFANAS Y OTROS POEMAS

Era un aire suave... ..	41
Divagación	45
Sonatina	51
Blasón	53
El faisán	55
Margarita	57
Mía	58
<i>Ite, Missa Est</i>	59
Coloquio de los Centauros	60
El poeta pregunta por Stella.....	62
La página blanca.....	63
Sinfonía en gris mayor.....	65

Responso.....	67
El reino interior.....	69
Cosas del Cid.....	73
Dezir.....	76
Copla esparça.....	78
La espiga.....	79
Ama tu ritmo... ..	80
La hoja de oro.....	81
Marina.....	82
Yo persigo una forma.....	84

CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA, LOS CISNES Y OTROS POEMAS

Cantos de vida y esperanza.....	87
Salutación del optimista.....	92
Al rey Óscar.....	95
A Roosevelt.....	98
IX.....	101
Canto de esperanza.....	102
XI.....	104
Spes.....	105
Marcha triunfal.....	106
Los cisnes.....	109
Retratos.....	112
La dulzura del ángelus... ..	115
Nocturno.....	116
Canción de otoño en primavera.....	118
Trébol.....	122
No obstante... ..	125

X.....	126
Filosofía.....	127
Leda	128
Divina Psiquis	129
El soneto de trece versos	132
A Phocás el campesino	133
XVII.....	134
Un soneto a Cervantes.....	136
Cleopompo y Heliodemo	137
Ay, triste del que un día.....	138
Melancolía.....	139
De otoño	140
A Goya	141
Soneto autumnal al marqués de Bradomín	144
Nocturno	145
Thánatos	147
Propósito primaveral	148
Letanía de nuestro señor don Quijote.....	149
Allá lejos.....	153
Lo faltal.....	154

EL CANTO ERRANTE

Momotombo.....	157
A Francia.....	160
Tutecotzimí	161
En elogio del Ilmo. Señor Obispo de Córdoba, fray Mamerto Esquiú, O. M.....	169
La bailarina de los pies desnudos	172
La canción de los pinos	173

Eheu!	175
Antonio Machado	177
Epístola	178
Balada en honor de las musas de carne y hueso.....	191
Soneto.....	194
<i>Tant mieux</i>	195

POEMA DEL OTOÑO Y OTROS POEMAS

Poema del otoño	199
Mediodía.....	207
Vesperal.....	208
Canción otoñal.....	209
A Margarita Debayle	211

CANTO A LA ARGENTINA Y OTROS POEMAS

La Cartuja	217
Pequeño poema de Carnaval	221
Los motivos del lobo	228

OBRA DISPERSA

A Juan Ramón Jiménez	237
En las constelaciones	238
Los bufones.....	239
La victoria de Samotracia.....	240
A Francisca.....	241
Soneto pascual.....	248

RUBÉN DARÍO, SEÑOR DE LOS TRISTES¹

Según narra su compatriota Ernesto Cardenal, Rubén Darío nació «en una tierra de tránsito, y simbólicamente su madre lo dio a luz en una carreta en mitad de un viaje, a su paso por Metapa». Lo de la carreta es pintoresco, quién lo duda, y podría dar adecuada solución a incontables charadas de demagógica cursilería. Pero yo prefiero detenerme en aquello otro de «en mitad de un viaje». Se me figura que también la poesía de Darío nace así, en mitad de un largo viaje que arranca en Víctor Hugo y llega, por ahora, hasta Neruda; no tengo dudas de que el itinerario sería muy distinto sin aquella decisiva y alumbradora escala de Metapa.

Como se sabe, sucedió hace un siglo: el 18 de enero de 1867. A partir de ese acontecimiento, la biografía extraliteraria de Darío podría resumirse en pocas referencias: dos matrimonios, uno por libre elección (con Rafaela Contreras)

¹ Con el título «Señor de los tristes», un trabajo más breve fue leído por el autor el 20 de enero de 1967 en Varadero, Cuba, en ocasión del *Encuentro con Rubén Darío*, organizado y convocado por Casa de las Américas. Considerablemente ampliado, ese texto se transformó luego en el que aquí se incluye, cuyo objeto fue servir de «introducción» a una antología poética de Darío preparada unos meses más tarde para la Colección Literaria Latinoamericana de la misma Casa de las Américas. Este destino explica y justifica varias alusiones al trabajo de antologista, que figuran en el texto.

y otro por violentas presiones (con Rosario Murillo); cierta unión duradera, aunque no oficial (con Francisca Sánchez); varios cargos diplomáticos (representando a Colombia, a Nicaragua) y corresponsalías periodísticas (la más importante: *La Nación*, de Buenos Aires); constantes viajes, mucho alcohol; frecuentes concesiones políticas y aislados gestos de valor cívico; estilo manirroto de vida, serias apreturas económicas; muerte en su Nicaragua, el 6 de febrero de 1916, junto a la imbatible Rosario; escándalo *post mortem*, durante el cual parientes y amigos se disputan, revólver en mano, el corazón y el cerebro del poeta.

Advierto que en este prólogo se hablará muy poco de modernismo y no se entrará en la discusión acerca de quién fue el iniciador del movimiento. «No hay escuelas; hay poetas», dijo Darío desde la entraña misma del modernismo.

Que la poesía en español no es la misma desde que Darío la sacudió con sus letanías y *dezires*, con sus exámetros optimistas y sus alejandrinos camuflados, es algo que ni Jorge Luis Borges, pese a su congénito espanto frente al lugar común, deja hoy de reconocer, tal como lo atestigua su mensaje, leído el 25 de marzo de 1967, con motivo de la inauguración de un busto de Darío en la ciudad mexicana de Guadalajara.

Pero acaso no sea ese el planteo más adecuado. El problema consiste en saber si, después de leer a Darío, el *lector* sigue siendo el mismo. O sea, someter a este poeta al infalible test que permite reconocer a los grandes creadores, esos que nos conmueven, en el intelecto o en la entraña, y al conmovernos nos cambian, nos transforman. Sospecho que, a esta altura, habrá que apearse inevitablemente del

púlpito crítico y convertirse en mero lector-feligrés. Pues bien, en este último carácter debo confesar que buena parte de la poesía de Darío no me sacude, ni me transforma. Alguna vez el poeta terminó un soneto con esta interrogante: «¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?». Y uno siente la tentación de responder: «No. No las oigo. Oigo sí caer las gotas de sangre en la poesía de Vallejo, como oigo caer las gotas de lluvia y de melancolía en la de Juan Ramón. Pero en tu poesía, Rubén, solo oigo caer las palabras con que inventas tu melancolía».

Es claro que Darío tiene todo el derecho de inventarse una melancolía, que es un modo como cualquier otro de ocultar, valorizándola, la melancolía verdadera. Tiene todo el derecho de inventarse metafóricas trincheras de protección y llenarlas con sus pajes y faisanes para desorientarnos, para que creamos que, detrás de ellas, hay un elegante jardín, un bestiario de importación, un carnaval perpetuo, y no lo que realmente hay: un hombrecillo malhumorado, solitario, triste, huraño, patético, y —¿por qué no?— esencialmente bueno, sentado en su piedra de amargura, tratando a toda costa de no ver en sí mismo. Quizá por eso sea el suyo confesadamente un canto errante. Darío es, como Rimbaud, un capitán que guía su barco sin su brújula, pero en tanto que Rimbaud ha extraviado definitivamente la suya, Darío la lleva en el bolsillo, por las dudas.

En ocasión del polémico y enriquecedor Encuentro con Darío, convocado —a través de Casa de las Américas— por la Cuba Revolucionaria y celebrado en Varadero en enero de 1967, se habló bastante de las cortes y los bes-